

Cartas de un monaguillo

Joaquín Guillén

# Cartas de un monaguillo



Joaquín G.

## Capítulo 1

### **Estimado padre Alfonso De la Cerna,**

El señor me ha puesto una prueba. Usted me dijo una vez que el Señor dispondrá y que yo sabré qué hacer. Ahora recorro a su bondad, en este intento epistolar, para rogarle que me explique cómo es que una señorita que vende colchones, que además quiere que los pruebe con ella y que me susurra al oído "monaguillo pingón"... en fin, cómo es que el Señor dispone tamaña prueba y cómo debo actuar ante esto; o más bien cómo es que el Señor quiere que actúe. Por favor, padre Alfonso, ayude a este siervo a encontrar de nuevo la paz.

## Capítulo 2

**Querido monaguillo Ugarte,**

Hijo mío, necesito más detalles para contemplar el panorama completo y determinar una solución a tu problema. ¿Una señorita que vende colchones?, ¿qué clase de broma es esta? Por favor, explícate mejor.

## Capítulo 3

### **Estimado padre Alfonso de la Cerna,**

Padre, daría mi vida porque fuera una broma. Ya verá cómo es que no miento.

Sabrás usted que en nuestra casa de Santa Clara se han estado realizando, periódicamente y de manera austera, remodelaciones. Recordará que el año pasado pintamos la fachada, con todos los voluntarios del pueblo y algunos monaguillos; y que hace cuatro meses, el padre Feliciano ordenó ollas nuevas a esa compañía alemana de ollas. Todo esto gracias a una moderada pero nada despreciable inyección de capital extranjero que nos permite, como ve, realizar estas pequeñas mejorías. Ya sabe, esa empresa que quiere excavar las minas se está congraciando con la comunidad. Y tales ayudas, a nosotros, no nos vienen nada mal. Es así que hace un mes el padre Feliciano tuvo la brillante idea de cambiar los colchones de los monaguillos. Y digo brillante sin una pizca de sarcasmo. Nuestros colchones, padre Alfonso, eran más duros que las rocas; y con esto no quiero despreciar los colchones de Dios, es solo que al pan pan y al vino vino, y de que los colchones eran malos, eran malos.

Y estaba yo rezando apoyado en el mío, cuando esta señorita, de repente, me interrumpió.

—Hola, monaguillo —dijo ella. Yo perdí el hilo del rezo, me levante del suelo pausadamente, con las manos aún en triángulo sobre el pecho, y le dedique esas sonrisas de “la paz sea con su espíritu” que tanto les gusta a los turistas. Pero ella no era una turista —aunque lo parecía—, traía un polo blanco con cuello de camisa, en el pecho un letrero de *Paraiso*. Y, a la misma altura pero del lado opuesto, un colgante donde estaba escrito su nombre: “Daniela”

—¿En qué le puedo servir? —dije yo, al ver que ella no tomaba la palabra

—Vengo a buscar al señor... —dio una ojeada al folder que tenía en los brazos— no, no señor; al padre Miguel

—El padre Miguel se debe encontrar en su despacho. Si continúa por acá —señale el final del cuarto— no tardará en llegar a un patiecito que tiene al centro un inmenso árbol, hay una habitación que señala la única rama; si no me equivoco, estará a su mano derecha

—¿Y qué tal si me acompañas, monaguillo?, ¿o estás muy ocupado? —sonrió, creo que me estaba coqueteando. Yo sabía, padre, que ese era el momento para dejar que mi casto carácter se ocupará del asunto; no podía dejar de acompañarla porque después de ser servidores

de Dios, servimos también a los hombres. Entonces pensé comenzar a hablarle de Dios. Cuando estaba en secundaria, eso me servía bastante para desinteresar a las chicas.

—Está bien. Yo la guiaré

Empecé a hablarle de Dios y ella me escuchó atentamente. Ni siquiera con las ancianitas de San Felipe, los domingos a las seis, consigo tan cálida recepción de la palabra del Señor. La señorita Daniela de *Paraiso* tiene los ojos inmensos y más aún cuando asiente. Iba detrás, con su folder y sus pasos, escuchándome en silencio respetuoso. Y al llegar al patiecito se aferró con fuerza a uno de mis brazos, porque estaba tan envuelta en las enseñanzas que no reparó en la gradita que hay al entrar y casi se da de bruces contra el suelo; para evitarlo, se sujetó a mí. Padre santo, no sé de qué color se puso mi rostro al sentir el contacto de sus manos, pero lo que sí sé con toda certeza es que en mis bajos reinos algo despertó.

—Hay monaguillo, cuanto lo siento; casi me caigo y me salvas... —fue entonces cuando ella reparó en el otro accidente que sí había causado. Yo no pude disimularlo porque las túnicas que nos dan son un tanto estrechas y porque, sin ánimos de presumir, estoy muy bien dotado

—Mo-na-guillo —lo dijo así, silaba por silaba. Luego se tapó la boca, empezó a reír

—Mo-na-guillo —repitió de nuevo—. Dios santo, ¿qué clase de caballo eres?

—Ese es el cuarto, señorita —dije señalando el despacho del padre Miguel—. Dispéñeme, por favor —y salí corriendo

—Monaguillo, no te vayas; solo bromeaba —pero yo ya estaba muy lejos

Le digo yo, padre, el Señor me ha puesto a prueba. Esa misma noche me desvele rezando. Trate de sacar el momento incómodo de mi mente, pero el diablo es poderoso. Me entregaba imágenes terriblemente gráficas, al extremo de que estuve toda la noche con la bandera izada (si me entiende y me permite la expresión). No sé lo he contado a nadie más que a usted, porque lo consideró mi mentor y sé que sabrá ayudarme a resistir las tentaciones del demonio.

## Capítulo 4

### **Querido monaguillo Ugarte,**

Hijo mío, no hay tentaciones del demonio en lo que te ha pasado. Una señorita, a la que conocí el otro día y que por cierto sí encuentro bastante atractiva, te pidió que la ayudaras a encontrar una dirección. Por el camino, y esto les sucede a muchos visitantes, no se percató de la gradita de la entrada y cayó apoyada en uno de tus brazos. Es perfectamente normal que se te haya puesto en firmes el soldado, porque nosotros no estamos expuestos a la propaganda sexual del mundo exterior y es comprensible que, al menor estímulo, nuestro cuerpo reaccione. No podemos renegar de nuestro cuerpo, pero sí podemos controlar nuestra mente. Sal a pasear al campo uno de estos días, visita el pueblo y juega con los niños a la pelota, ya verás cómo te distraes y consigues acallar a tu mente. Lo peor que puedes hacer es creerte en pecado y encerrarte en tu habitación a rezar todo el día. A veces al demonio se le combate con indiferencia, otras veces hace falta mucha fuerza; pero a tu edad serán más las veces en las que tendrás que combatirlo únicamente con el poder de tu sano juicio. Escíbeme seguido. Trata de poner en papel todo lo que pase por tu cabeza. No tengas miedo de confesarte conmigo. Muchos saludos.

## Capítulo 5

### **Estimado padre Alfonso de la Cerna,**

Padre, agradezco su respuesta y ya que me da la oportunidad de confesarme y de ser sincero ante usted, he de contarle que ahora mismo estoy pensando en las tetas de Daniela. Lo siento, padre, lo siento mucho. No he sido del todo franco con usted. Leí su carta y acaso Dios pueda encontrar en todos los años de historia a un ser tan sabio, tan lleno de cualidades y tan servidor como lo es usted. No me siento digno de sus consejos. Le diré todo, absolutamente todo y no temeré del juicio que usted le vaya a dar a mis actos.

Una semana después del primer incidente, que le relate en mi última carta, Daniela volvió a aparecerse en mi habitación. Traía el mismo polo *Paraiso*, solo que esta vez tenía el primer botón del cuello de la camisa abierto y el cabello suelto. Me levante. Ni siquiera cruce miradas con ella, comencé a caminar con rumbo a un lugar más seguro. Ella trotó hasta llegar a mí y me detuvo por los hombros.

—Monaguillo pingón —me susurró al oído, estando yo de espaldas. Me quede callado. Deslizó sus manos blancas por mi cintura hasta llegar a donde estaba mi soldado, que ya para entonces estaba en firmes y a punto de disparar—, ¿no se te antoja probar los colchones que te traje? Voy a comenzar cambiando el tuyo

A tiempo se escuchó la puerta del despacho del padre Miguel. Ella me soltó.

—Señorita Daniela, puntual como siempre —dijo el padre entrando por el frente de la habitación, precisamente el lugar al que mi soldado estaba apuntando—. ¿Ugarte? Ugarte debería darle vergüenza, vaya usted a la capilla y termine de barrer el santuario, a ver si así aprende a guardar la compostura delante de una dama

—Oh no, padre, por favor. El monaguillo me ayudó el otro día a llegar a su despacho. Pensaba que hoy me podría ayudar a descargar los colchones, si a usted le parece; mis ayudantes son muy flojos y uno se rompió el brazo ayer por la noche

—Ugarte, creo que necesita ir un rato al baño. Cuando vuelva, ayude a la señorita Daniela y a sus ayudantes a descargar los colchones —sentenció el padre Miguel—. Con su permiso, señorita, deberes sagrados me llaman

—Fue un placer verlo, padre

Me dispuse a ir al baño, cabizbajo. Ella me detuvo de nuevo.

—¿No te aburres estando acá todo el tiempo?

—A veces, pero tenemos muchos libros en la biblioteca. También me permiten bajar al pueblo a jugar fútbol, a veces

—Supongo que eres casto

—Sí, por supuesto

—¿Y no quieres hacer algo al respecto? Estoy dispuesta a encerrarme diez minutos contigo en ese baño mientras mis hombres van colocando los colchones. Para cuando acabemos, me iré y no volveremos a vernos jamás. Por supuesto que yo les contaré a todas mis amigas que lo hice con un monaguillo pinga de burro; tú, si quieres, también puedes presumirlo con tus amigos los monaguillos virgos. Pero nada de nombres. O si quieres, quedamos entre nosotros y nadie más se tiene por qué enterar

—Dios lo sabría

—Dios sabe que el sexo es bueno. Al final, monaguillo bonito, yo solo quiero hacerte y hacerme un favor. Quizás nunca más tengas la oportunidad... —dijo ella y se levantó de puntillas, tomó mi rostro con ambas manos, me dio un beso en los labios: fue el primero

## Capítulo 6

### **Estimado padre Alfonso de la Cerna,**

Padre, estoy en el infierno; desde ahí le escribo. Estuve pasmado después de su beso. Hay tantas cosas que no conozco y que nunca conoceré. ¿Por qué, padre, la vocación es tan dura? No creo que Dios nos quiera ver en este limbo de emociones. A mí siempre me han dicho que Él es piadoso, comprensivo. He leído tanto y conozco tan poco. Las tardes, padre, ya no volveré nunca más a ser el mismo. Ojala Dios estuviera aquí y aceptara preguntas. No pretendo contradecir los designios de la iglesia pero por qué nos impone ser castos. La belleza, padre, está en la contemplación pero también en el sentir. Y cuando entré a ese baño con Daniela, y le quite despacio el polo blanco *Paraiso*, contemple sus hermosos senos y sentí la gloria desfilando por mi alma. Cuando sus manos se posaron sobre mi pecho desnudo, y estaban frías y mi pecho caliente, sentí el toque celestial de los ángeles. ¿Por qué, padre? Ella bajó el cierre de su pantalón, se lo quitó con increíble destreza, yo ya estaba desnudo, tal y como vine al mundo, tal y como Dios me envió, y luego la última prenda que llevaba voló de sus manos y se perdió quién sabe dónde, vi su sexo, un halo de luz penetraba por el pequeño conducto de aire sobre nuestras cabezas, el mismo que se posó sobre su sonrisa. Sus ojos miraban también su sexo, se intercalaban entre el de ella y el mío, luego mis ojos, los míos, los suyos, dudaba, yo dudaba, ella dudaba, tomados de las manos todos dudamos, usted también duda. En momentos así, lo más fácil es dudar. Y ella no hizo más. Fui yo quien la tomó de la cintura, la abrace, la cargue y la penetré. Y, padre, he rezado mucho y he sentido eso que llaman "el llamado de Dios", pero nunca tanto placer como en ese momento.

## Capítulo 7

### **Querido monaguillo Ugarte,**

Hijo mío, el día que me llegó tu última carta estaba justamente rezando por tu alma. Debo disculparme contigo, en primer lugar, pues no le presté la debida importancia a tu problema cuando era menester hacerlo. Me siento en gran parte culpable de la catástrofe que tan detalladamente has narrado. Lo siento, monaguillo, te he descuidado un poco los últimos meses.

En fin, llegó la carta, la leí tranquilo, creyendo encontrar en ella noticias de los progresos en tus estudios y cuando llegue a la parte en la que tú y ella... (No hace falta repetirlo). Te debo ser sincero, me sentí un poco decepcionado. Recordé la primera vez que te vi en la capilla de Santo Thomas, en tu pueblo natal. Eras el acólito más pequeño pero ya en tu semblante uno podía esperar grandes cosas en materia espiritual. Me sorprendió también ver tus pies descalzos, a diferencia del resto de tus compañeros. Después de leer tu carta estuve llorando mucho rato, toda la tarde, la noche y parte de la madrugada. Ese *Paraiso* del que me hablas no es eterno, muchacho; te lo dice un hombre que ha pasado por mucho y que ha visto demasiado. Ese *Paraiso* es perverso y caprichoso, te muestra la salvación un día y al siguiente te lanza de bruces contra las llamas del infierno. Monaguillo, recuerdo tu rostro, la más pura inocencia de un mendigo dedicado a Dios desde las raíces de su ser. Yo estaba convencido de que tú podías llegar a ser uno de los santos que protegen el templo del Señor. Tu devoción, tu carisma, tu esfuerzo, todos estos años y todo para que en un momento, una tentación efímera, el diablo obrando, y aquí estamos ahora. Tú quizás estés arrepentido, quizás estés rezando, ¿dónde estás ahora, monaguillo? Tal vez te hayas encerrado en tu habitación, apoyado contra el suelo, tratando de buscar el perdón en las lágrimas. No hagas eso, monaguillo, ambos rezaremos por ti y estoy seguro de que podremos salir de esto. No debes temer, Dios es un ser benevolente capaz de perdonar y olvidar. Me consuela pensar que quizás tu camino sea este. ¿Alguien más te vio salir del baño?, ¿se lo has contado a alguien? A Dios no podremos ocultarle tu pecado, pero quizás a la comunidad sí. Monaguillo, escíbeme pronto, un par de palabras y me encaminaré a Santa Clara lo más pronto posible, haremos una ruta espiritual por los montes, visitaremos el templo más alejado y Dios nos enviará una señal que demuestre que estás perdonado. Monaguillo, solo la fe y la esperanza podrán sanar tu alma, ahora que todo ha cambiado.

## Capítulo 8

### **Estimado padre Alfonso de la Cerna,**

Ahora estoy en un hotel. Probablemente ya haya llegado hasta sus oídos la noticia de mi escape de la casa Santa Clara. Sé que fue usted el que me puso en ese lugar y estoy muy agradecido por eso. Sé que usted confió en mí y que tenía las esperanzas depositadas en que yo continué con su obra. Me he quitado los hábitos, después de diez hermosos años de devoción al señor. Seguiré a su orden, seguiré por su senda, solo que quizás ahora camine con alguien más a mi lado. Espero sepa comprenderme y tengo la ilusión de volver a encontrarnos algún día para tomar una cerveza.

FIN